

## “MANOS SUCIAS”

No le riñas, mujer, tanto al niño  
ni le llames Judas  
porque vuelva a casa con las suelas rotas  
y las manos sucias.  
No le riñas, mujer, no le riñas;  
¿es que te figuras  
que es el único niño en el mundo  
que juegue y que bulla?  
¿No es mejor que destroce el calzado  
que no le veas postrado en la cuna?  
¿No es mejor que te atruene la casa  
y lleve las manos muy sucias, muy sucias?  
Con eso y con todo, cuando con sus manos  
aprieta las mías, ya torpes y rudas,  
mis males se aquietan,  
mis ojos se alumbran,  
y todo lo veo con luces solares  
aun siendo de noche sin luna.  
No le riñas, mujer, no le riñas  
si rompe el calzado y si lleva las manitas sucias.  
¡Quién me diera tener aún al lado  
a aquella nenita tan linda y tan rubia  
que se nos fué al Cielo  
llenando nuestra alma de pena y negrura;  
quién me diera tenerla a mi lado  
haciendo diabluras;  
rompiendo calzado;  
cruzando mi cuello con sus manos sucias!

RAFAEL GONZALEZ CASTELL

## “PEDRITO DE ANDÍA”. RAFAEL SÁNCHEZ MAZAS

“**P**EDRITO de Andía” es la historia de un mocosuelo vascongado de limpio linaje, que va para mozo. Esa historia a mí, español de la incómoda y arriesgada España de estos días, me interesa sobremanera. Tanto, que voy a aventurarme a escribir lo que sigue, en medio del coro general de alabanzas, sabiendo que me expongo a que “lo que sigue” sea pasto de la duda, la murmuración y el enojo. Pero no me importa. El clima público, las letras de este país están huérfanos, hace más tiempo del debido, de honradez y veracidad, y es obligación moral del que tenga títulos para ello, del que sepa y pueda, intentar lo imposible porque las recobren. Sin esas virtudes no hay literatura, no hay política, no hay convivencia: juego de ideas. En rigor, sin esas virtudes no hay vida; al menos, vida conforme a los principios de libertad y responsabilidad que deben presidir cada acto de los hombres, al tenor de la naturaleza libre y responsable que es atributo de su alma, fuero de su corazón...

Mas no nos salgamos de lo que ahora incumbe.

### PROLOGO OBLIGADO

Me interesa dejar sentado, por lo pronto, que mueve mi pluma una razón no estrictamente literaria, de índole política—si es que toda actividad humana, incluso la literaria, por el hecho de serlo, no es ya política— y de muchos quilates—en el más profundo y noble sentido de la palabra. Hago anticipadamente la advertencia para que nadie se llame a engaño. Ante “Pedrito de Andía” el autor de estas líneas es beligerante; con una beligerancia reflexiva, fruto de una larga meditación y de un no menos dilatado, casi insultante respeto intelectual por el escritor que le ha dado a luz, Rafael Sánchez Mazas. Este respeto, más que nada, me confiere el derecho a hablar, y por si fuera poco este derecho, una vieja deuda política que yo estimo que el envidiable escritor tiene contraída y no saldada con un importante número de españoles, a los que un día sacó de sus casillas e hizo vivir ardientemente, hablándoles de cosas incómodas pero bellas por las que merecía la pena dejarse matar. En nombre de ellos escribo. Lo hago sin acritud. Si, no obstante, una cierta e involuntaria amargura asoma su rostro por entre estos renglones; sepa desde ahora el lector que no he podido curarme de ella.

Acaso muchos piensen que la razón política que invoco carece de significación a la hora de enjuiciar una novela, o no es de peso. Entre esos muchos estoy seguro que no se encuentra Rafael Sánchez Mazas. El mejor que nadie conoce el dramático significado que en-

cierra la conocida frase de Aristóteles: "El hombre es un animal político", o, para decirlo con palabras menos severas, pero no menos graves, la cantidad de pólvora que puede ponerse a arder en un soneto. ¡No digamos en un libro de clara y apretada prosa castellana, de la mejor que se ha escrito nunca! Como muy pocos él sabe que, quiera que no, dormido o despierto, el hombre piensa y sueña políticamente—le es imposible hacerlo de otra manera—y la nobleza del material sobre que esa palabra—política—está edificada. Fuera otro Rafael Sánchez Mazas y no viniera de donde viene, y podría sustraerse a la grave responsabilidad. El, no. Una inteligencia tan en equilibrio y de formación tan rigurosa como la suya ha contraído consigo mismo y para con el prójimo unos deberes que bajo excusa ninguna está autorizado a convertir en pasajeros, tanto menos a eludir. Creo—y yo sé mejor que nadie lo que me cuesta formular esta acusación—que es lo que el escritor falangista Rafael Sánchez Mazas ha venido haciendo durante cerca de quince años, salvo alguna que otra inmersión en la vida pública activa, casi siempre compatible con sus famosas "retiradas" a Coria, y algún que otro esporádico desahogo literario; eso sí, de originalidad y factura realmente asombrosas.

No sé lo que el hombre de doble rostro—de acción y de letras—que hay en Rafael Sánchez Mazas pensará a solas con su conciencia respecto del trigo maduro y granado, listo para ir al molino, que ha acopiado en este tiempo. Me consta que sí tiene idea justa de los talentos de que es depositario ante Dios. Personalmente opino—y reitero el pesar que, no sólo por él, me produce verme obligado a emitir juicio tan en todos sentidos poco halagador para mí—opino que la recolección no está en consonancia con la simiente, los dones con los frutos.

Un día la juventud española, concitada por él en torno a cuestiones políticas e intelectuales de primer orden, abrió a Rafael Sánchez Mazas un crédito de fé casi ilimitado y se puso a esperar, sin demasiada prisa ni exigencias, a que el tiempo pasara. Hoy ese tiempo ha pasado.

En señal de que algo ha sido llevado a efecto, el escritor vuelve de su retiro con un libro ricamente compuesto, envuelto en papel de celofán, entre las manos. La cubierta reza: "La vida nueva de Pedrito de Andía". Abramos ese libro con máxima devoción y rectitud y veamos las ideas que su lectura nos sugiere, las respuestas no anecdóticas o de puro alarde literario con que responde a nuestras serias y fervientes interrogaciones.

## RESPUESTAS

En mi concepto, para medir "La vida nueva de Pedrito de Andía", como toda otra obra de creación intelectual, hay dos medidas. Una, la de uso común, la que se aplica a la generalidad de los hombres de letras, con un rasero no demasiado exigente. Otra, la que podríamos llamar de oro: medida rigurosísima, como que va a juz-

gar obras no digamos eternas porque nada salido del hombre lo es, sino su alma, pero sí perdurables, contra las que durante bastantes más años de lo normal el tiempo va a embestir inútilmente.

Ya advierte el lector que estoy refiriéndome a las cumbres de la literatura universal que se llaman *Don Quijote*: Cervantes; *Romeo y Julieta*, *Hamlet*: Shakespeare; *Rojo y Negro*: Stendhal; *Papá Goriot*: Balzac; *Los hermanos Karamozov*, *Crimen y Castigo*: Dostoiowski..., por aludir sólo a las más egregias e inalcanzables. Luego vienen, en segundo escalón, la serie de los Joyce, Galdós, Wasserman, Baroja, Mann, Faulkner..., sensiblemente más cercanos a nosotros, sobre los que todavía el juez inapelable, el tiempo, no ha dictado sentencia definitiva. Respecto de ellos, siendo como sin duda son maestros en el género, aún queda por discriminar lo que en su obra hay de ganja pegadiza, innecesaria y lo qué de pureza inmarcitable. Es una ley en último extremo moral, que guarda en la troje común el grano limpio, patrimonio de todos, y da la paja al viento. El secreto está, para el escritor, en *no dejarse ir* sin protesta, sin lucha. Es el peso específico de su obra, en definitiva su densidad humana, la que le salva o le pierde; frecuentemente no sólo a los ojos de las generaciones futuras, también a los de sus propios contemporáneos. En esto, como por lo común en la mayoría de las cosas nacidas del corazón del hombre, se engaña a sí mismo quien supone que engaña a los demás dándoles gato por liebre, mercancía falsificada con etiqueta de calidad. Hay una balanza de precisión para medir los quilates del pensamiento y el sentimiento humanos, su profundidad, que casi nunca falla, por más que circunstancialmente las apariencias hagan suponer otra cosa. A la larga—en ocasiones a la corta—sólo queda lo que debe, lo que no puede pasar... Y es mentira que no se sepa por qué unas cosas permanecen, señaladas con el dedo de Dios, y otras huyen sin dejar tras de sí el menor rastro. Se sabe. Lo impercedero es lo verdadero, lo común a todos, lo que de sencillo que es no necesita demostración: aquéllo en lo que uno se siente interpretado, comprendido, con una suerte de comprensión que hace innecesarias las explicaciones.

¿En qué medida "La vida nueva de Pedrito de Andía" cumple esa ley áurea de la creación literaria, y cuál debe serle aplicada? Es lo que vamos a ver seguidamente, adentrándonos en su examen, sin sombra alguna de previo mal propósito.

En principio, Rafael Sánchez Mazas, debe sentirse orgulloso de mis palabras de hasta ahora, ciertamente para él honrosísimas. El hecho de que al hablar de su libro haya considerado oportuna la mención de los títulos y nombres invocados arriba, me parece suficiente como para dejar satisfecho al más puntilloso. En la cita hay implícito un elogio de gran calibre, ganado en buena lid, hijo de sus reales méritos, que, por supuesto, en modo alguno tiene que agradecerme. Lo he considerado de justicia; y mejor que muchas palabras más inútiles él explica ese respeto intelectual aludido al comienzo de esta crónica, lo algo positivamente grande que buen número de españoles esperamos de Rafael Sánchez Mazas, desde una

edad la nuestra de entonces en que todo, lo menos verosímil parecía posible, y cercano lo más remoto.

Hecha la cita, el mismo deber moral me lleva a decir que, sinceramente, a juicio mío "Pedrito de Andía" no resiste la comparación. No simplemente esta novela, la obra entera de Rafael Sánchez Mazas adolece de un defecto, se resiente, a mi ver—repito—de una contradicción: la que se produce en el complejo pero ineludible mundo que es la conciencia cuando la conducta va por un lado y las ideas por otro. Es claro para el que firma estas líneas que ése y no otro es el caso del autor de "Pedrito de Andía". Rafael Sánchez Mazas es una de las mentes más luminosas de España. Rafael Sánchez Mazas, por su formación humanística y su profunda cultura religiosa e histórica, ve los problemas con una claridad que a muy pocos les es dado alcanzar. Rafael Sánchez Mazas, sabe lo ha sabido desde muy pronto con una certeza abrumadora—por qué las cosas son como son y por qué no pueden ser de manera distinta; en resumen: que la vida, contra lo que suele creerse, está preñada de lógica, se resuelve, partiendo de premisas verdaderas, con silogismo...

En el caso de Rafael Sánchez Mazas las premisas son válidas; la consecuencia, no.

Si el equivocado soy yo, la obra de mañana se encargará de desmentirme. En caso contrario, debemos plantearnos el dilema que sigue: O Rafael Sánchez Mazas vale menos de lo que la mayoría hemos creído, o Rafael Sánchez Mazas, ha hurtado el bulto, por temor o comodidad, al que era deber suyo de intelectual, de político, de hombre. Yo me inclino por esto último. Nadie podrá hacerme confesar que lo que este país tiene derecho a exigir de Rafael Sánchez Mazas, es lo que hasta el presente ha dado de sí el escritor: esporádicas incursiones en la vida pública; un ensayo, poco conocido, enjuiciando la política del Vaticano, de esos que luego se retiran de las librerías; unas notas sobre estética; una novela aceptable—"Memorias de Tarín"—y no más allá de una veintena de narraciones en las que, verdaderamente, no se sabe qué admirar más, si la manipulación perfectísima del lenguaje o el juego inquietante de las ideas. Botones de muestra. Algo de lo que podríamos definir como "literatura de ficción", con fines antológicos, de la que andando el tiempo apenas quedará una leve e insípida fragancia.

¿Es ése, quedar en las antologías, el fin último, el fin en sí mismo a que aspira Sánchez Mazas? Si lo es, están de más estas reflexiones, por dos motivos: porque ese fin lo ha conseguido, creo yo, de antemano, y porque, para los efectos, de ser sólo ése el fin da igual que ese fin deje o no de conseguirse. Trataré de ser aún más claro. A Rafael Sánchez Mazas, escritor falangista, le está vedado escribir libros literarios, sin más. O, de escribirlos, en ellos debe abordar—la solución no depende ya de la voluntad moral del autor—problemas superiores, de magnitud y hondura suficientes como para encararse con alguno de los enigmas profundos, e irresueltos, de la vida del hombre sobre la tierra. Con una condición de añadidura: que el problema sea valedero para todos, en todo tiempo y lugar.

Esa condición, en "Pedrito de Andía" ha dejado también de cumplirse. Por lo que de su lectura se desprende, "Pedrito de Andía" es una novela concebida y escrita con demasiados pruritos: no parecerse a nada ni a nadie—ser original—; ser clásico y moderno; doblar la cerviz al idioma; sembrar halago e inquietud, por alusión o elusión, en unas cuantas familias vascuences; hacer guiños políticos desde la lejanía; sumergir los pies y el corazón, dejando la cabeza fuera, en el oscuro mar de la duda y la fé religiosas, donde un hombre con la capacidad de pensar de Rafael Sánchez Mazas debe hundirse hasta el fin... Esos pruritos la han deshumanizado y medio convertido en máscara de sí misma. Bellísima, aderezada como novia casadera, pero máscara. No he podido por menos de acordarme, leyendo "Pedrito de Andía", de aquel verso simplicísimo de Juan Ramón Jiménez, en que el autor de "Platero y yo"—aunque él no siga el consejo—alecciona sobre lo que sea la esencia y feblidad del poema:

No le toques ya más,  
que así es la rosa.

Lo siento, pero al protagonista de la novela de Rafael Sánchez Mazas, le sobran ropajes y afeites. Hay que desvestirlo de múltiples prendas para dar con el calor de su carne y su sangre, para oír los latidos de su corazón. Ya es revelador que ni una vez, por excepción, la voz de los personajes rompa los muros literarios del lenguaje y le desborden. Pero es verdad. En "Pedrito de Andía" esto no sucede nunca. Aquí el autor se ha salido con la suya. Y eso que el libro es un *diario*, una *historia* relatada por el personaje central desde la primera a la última página. ¿No será que tiene razón Paul Sartre cuando dice: "El hombre es siempre un narrador de historias... y trata de vivir su vida como si la contara... Pero hay que escoger: o vivir o contar?"

"Pedrito de Andía" tiene ese defecto, heredado del autor de su alma: es un hablador, un parlanchín. Para decirlo con otra frase del existencialista—y ahora rozaremos, de pasada, ese tema—: "El es su pensamiento, por eso no puede detenerse". Habla, habla y al hablar se adormece como un lagarto al sol, sin caer en la cuenta de que la vida, por lo que deja de vivir, se venga de él haciéndole vivir menos, podando su vida espontaneidad y frescura.

Ya sé que al escribir esto corro el riesgo de ser tildado, a mi vez, de lo que en manera alguna soy. Conozco un poco la obra del deprimente pensador francés, y otras, y todas me parecen desmoralizadoras; falaces y en gran medida supérfluas. Una chispa de veracidad las salva, sin embargo, a mis ojos: haber devuelto al hombre la conciencia—de honda raíz cristiana—de su naturaleza pecadora, de su miseria... Contra ese desafuero ha luchado denodadamente Rafael Sánchez Mazas en "Pedrito de Andía", y no ha luchado en vano. Al revés. Pienso que uno de los errores de su libro es haberse—digamos—pasado de rosca. Por no caer en pecado de existencialismo ha caído en pecado de romanticismo. Eso da a las figuras de su novela

ese aire desvaído y un poco exangüe. como la fotografía al magnesio, y ese poso de timidez depositado en su alma como el polvo sobre los muebles. El sol de "La vida nueva de Pedrito de Andía" es un sol mortecino, asomado a la tierra tras un cendal de niebla. Una leve bruma le entristece y apaga. Su ternura—la del relato—, que la tiene, y mucha, y de la mejor sustancia dramática, es una ternura contenida que no se atreve a llegar a las últimas consecuencias, a resolverse en sí misma. Será de muy buen gusto; no lo niego. Pero ¿la vida, los dolores y amores del hombre en este valle de inmisericordia tienen algo que ver con el buen gusto? Rafael Sánchez Mazas seguramente no opina lo que yo, puesto que ha escrito su libro como lo ha escrito; con muchas letras mayúsculas y un código de urbanidad al lado, bien presente, incluso en los momentos en que decide olvidarse de él. Sigo pensando que en "Pedrito de Andía" hay un exceso de *maneras* sociales y hasta, me atreveré a decirlo, de finura intelectual. Sobran artesanía en la descripción de los paisajes, y paisajes, no sólo campesinos, humanos también. O yo me equivoco de medio a medio o, abundando en la idea de Ortega, el mundo de la novela ha de ser, para ser algo más que *literatura*, un mundo cerrado en sí mismo, por el que circulen libremente, sin andaderas ni muletas, los personajes y la verdad descarada, descarnada: la vida. Cualquier insignificante paliativo de este descaro, cualquier paño caliente, es un nudo corredizo que el autor pone al cuello, a la libertad de los protagonistas. Será enojoso reconocerlo, más es así. En "Pedrito de Andía" hay demasiadas vergüenzas y palabras.

Lamento coincidir sólo en parte, por hoy, con el juicio del doctor Marañón, que tan caro me es casi siempre. No creo que lo que dé categoría excepcional al libro de Rafael Sánchez Mazas sea "el supremo acierto del lenguaje", con ser magno, "la renuncia a la retórica habitual". Tal renuncia no existe. Sencillamente, en "Pedrito de Andía", la retórica ha cambiado de paso y de traje. El ritmo es otro y los medios de expresión otros; la retórica es la misma. Al cuello de pajarita ha sucedido una estudiada camisa abierta, anticipación—cabe imaginar con un poco de voluntad—de la camisa azul que iba a venir luego, justo a partir del día en que el *Diario* de Pedrito se acaba.

Por lo demás, la novela de Rafael Sánchez Mazas, es una buena novela, con valores positivos no corrientes, que sería estúpido e indecoroso desconocer. Quiero citar algunos antes de concluir estas reflexiones.

La pincelada es excepcionalmente maestra en el retrato del color local (con giros de neto sabor extremeño) y en la recreación de estados de ánimo. El lector no deja de saber ni por un momento dónde suceden las cosas ni por qué suceden, si bien hay ocasiones—y esta objeción es de peso—en que lo que sucede no es lo que debiera haber sucedido, o en que lo que sucede es poco, o demasiado, para lo que en buena lógica debía suceder. Sin rastro de psicoanálisis, como certeramente hace observar también el doctor Marañón, Rafael Sán-

chez Mazas nos va guiando a través de 350 páginas de limpia prosa por el laberinto de un alma pueril, algo más candorosa que lo corriente, puesta en aprieto por un complejo de "talla baja". En esta alma, poco después que el amor, ha entrado a saco un sentimiento de inferioridad. La novela dura alrededor de cuatro meses en el tiempo, los que tarda el protagonista en superar ese sentimiento, en crecer. El relato de ese crecimiento es "La vida nueva de Pedrito de Andía". Una historia por demás sencilla, contada con morosidad que ronda a veces el cansancio y que sabe en otras a poco, que deja con la miel en la boca. El deleite por el deleite, pueden contarse con los dedos de la mano los libros aparecidos desde años en España, que admitan parangón con "Pedrito de Andía". Capítulos hay que irán derechos a los textos de magna y sabia dicción de la lengua castellana; por su ternura—a la que antes hemos puesto algún reparo—y por la raíz religiosa, ética, cien por cien española de los personajes. ¡Lástima que por esta raíz la savia no haya subido con fuerza y pureza de venero y en cantidad bastante para granar en frutos no deleznales!

#### CONSIDERACION FINAL

La realidad es que en torno a las cuestiones de varia índole suscitadas en mí por la lectura del libro de Sánchez Mazas y por la resonancia y significación de su nombre, podría escribir un número de cuartillas apreciablemente mayor. No lo hago porque las dificultades de su publicación aumentarían y porque, a los efectos que me propongo, creo que bastan con las presentes. El lector avisado comprenderá sin esfuerzo lo que queda dicho y lo que apenas sugerido. Mas como me he prometido claridad—en caso contrario lo escrito perdería su principal sentido—intentaré aún hacer luz sobre dos o tres aspectos de la novela y la personalidad del ilustre hombre público.

Igual que una figura geométrica, Rafael Sánchez Mazas, tiene una faz múltiple, de periodista, de escritor, de político... Según el cariz de los tiempos y las rachas de su humor variable, cuándo ha aplicado la actividad en una dirección, cuándo en otra. El resultado ha sido no profundizar en ninguna. El hecho es grave y encierra un peligro; el que se produce, por insatisfacción, siempre que un hombre de entendimiento lúcido se enfrenta en condiciones de inferioridad con su obra. Este peligro acecha a Rafael Sánchez Mazas, y conduce a la esterilidad. A este peligro no hay más modo de superarlo que con un examen de conciencia riguroso y, en el caso del intelectual, con una aceptación de principio de todos los sacrificios, males e incomprendiones que la profesión y defensa de la verdad traen consigo como fardo inevitable. Deseo fervientemente, no sólo en nombre mío, sino en el de muchos más dignos de respeto, que Rafael Sánchez Mazas supere ese peligro. Una persona de su altura de pensamiento no puede jugar hoy a un paño, mañana a otro, ni dejar de jugar o jugar por divertimento. Muy serios deberes públicos se

lo prohíben. No puede poner a la venta una novela de 350 páginas para contarnos, todo lo singularmente que se quiera, la aventura de un muchacho de buena familia a quien todo lo que le sucede es que se está haciendo hombre... Me parece una tímida ambición, sombra apenas de las que el autor hizo concebir y de las que, por lo pronto, tiene el deber de proponerse. No. Literariamente, Rafael Sánchez Mazas puede y debe producir obras más ambiciosas, de más dilatada vida en el tiempo. Políticamente no está autorizado a salir del paso con lo que los toreros llaman "alivio", poniendo en boca de un chicuelo de fé intacta esta expresión candorosa: "Verdaderamente sería hermoso morir frente a Gibraltar", ¡Más hermoso que escribirlo fuera, llegada la ocasión, y no por romántico desliz, hacerlo!

Políticamente, la historia de "Pedrito de Andía" es intempestiva: Concluye, pese a la traca de adjetivos quemada en su honor y loa, donde debía dar principio.

FERNANDEZ FIGUEROA

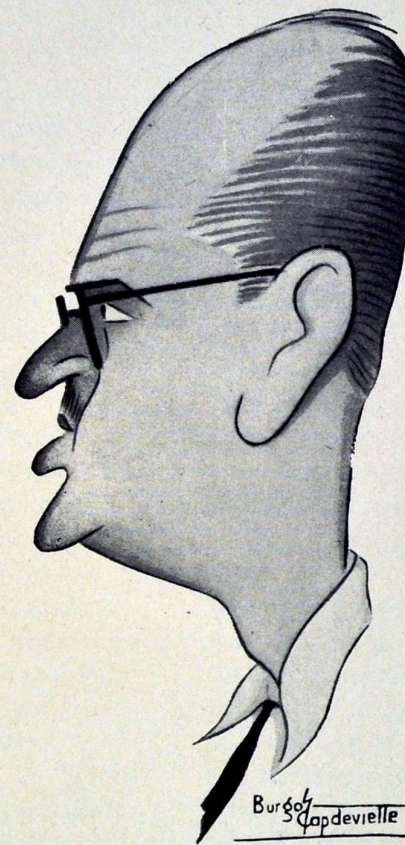



---

## IDEARIO EXTREMEÑO

En las repúblicas tiene solo el pueblo las *apariencias* del mando; pero la *substancia* y la *realidad* residen en el labio y destreza de los que se dedican determinadamente a la inteligencia de los negocios públicos, hombres tanto más dañosos cuanto por obtener un mando trabajan sordamente para obtenerle absoluto e independiente; y así es que no hay república sin facciones por la prepotencia ambiciosa de los que manejan las cosas públicas.

FORNER



Burgo  
Capdevielle

NUESTRO DIRECTOR:

D. Pedro Romero Mendoza